

# EL MOVIMIENTO DE LA UNIDAD PARA UNA POLÍTICA DE COMUNIÓN

**Chiara Lubich**

Castel Gandolfo, 9 de junio de 2000

Honorables Senadores y Diputados,  
Señores representantes del gobierno italiano,  
Autoridades presentes,  
Queridos profesores,  
Señoras y Señores,

Estamos aquí hoy para abrir el Congreso internacional del Movimiento de la unidad. Una etapa importante para profundizar en la identidad, los ideales que persigue, sus métodos y fines.

Su nacimiento es reciente. Fue el 2 de mayo de 1996, con ocasión de un encuentro mío con un grupo de políticos en Nápoles (Italia). Pero hunde sus raíces en la historia, la espiritualidad y la doctrina del Movimiento de los Focolares que lo promueve. Siempre hemos dedicado especial atención al mundo político, porque éste nos permitía amar al prójimo con una ampliación de la caridad; pasar de un amor interpersonal a un amor más grande, hacia la *polis*. Muchos de los nuestros desempeñan, a menudo, cargos de responsabilidad.

En Trento, en 1944, nosotras, primeras focolarinas, permanecemos en la ciudad mientras nuestras familias se desplazaban y cuando corríamos a los refugios podíamos llevar sólo un libro pequeño, el Evangelio. Allí, conscientes de que cada encuentro podía ser el último, buscábamos –entre los sueños que la guerra frustraba, destrozando las vidas, haciendo caer las casas- el Ideal que no cayera, por el cual valiera la pena gastar la propia vida. Este ideal se revelaba en Dios Amor. Amor porque Trinidad de Personas que se aman y a cuya comunión somos llamados todos nosotros. Amor que debía ser, ahora, también la vida nuestra, hijos del amor. Amor que se dirigía a los demás, a las personas que tenían necesidad de apoyo espiritual, pero también de alimento, calzado, vestido, casa. Todos los bienes que el odio, el egoísmo humano destruía o hacía inalcanzables. Y respondiendo así al amor de Dios, amando a los hombres, dimos vida a una comunidad ciudadana, en la que el amor evangélico encontraba las soluciones al problema social y un nuevo orden para la vida de todos.

Estaba naciendo un Movimiento religioso que surgía de un carisma que le empujaba a realizar “el sueño de un Dios”, como dicen nuestros jóvenes: la unidad.

“Padre, que todos sean uno” (Jn. 17,21) había rogado Jesús.

Un movimiento religioso que manifestó desde bien pronto, también un significado político.

Hoy quisiera recorrer, junto a ustedes, los acontecimientos de nuestra historia que más han contribuido a la formación de nuestra concepción política, subrayando, en cada uno de ellos, lo que conserva un valor duradero y puede contribuir, me parece, al patrimonio del Movimiento de la unidad.

En 1948 se produce nuestro encuentro en la Cámara de Diputados con el honorable Iginio Giordani, personalidad de vasta experiencia cultural, social y política, luchador en los avatares difíciles de la primera posguerra, maestro de pensamiento y punto de referencia para las generaciones que, bajo la dictadura, anhelaban la libertad. Giordani fue co-fundador del Movimiento de los Focolares y para nosotros siempre, ha representado, por un particular designio de Dios. La realidad de la humanidad, su historia, sus sufrimientos, sus conquistas, su búsqueda de un ideal verdadero.

El trajo a nuestro corazón la humanidad con sus problemas y sus ansias. La reconstrucción del País y de Europa después de la segunda guerra mundial, la democracia naciente, la división Este-Oeste. Giordani recibe, a su vez, del espíritu del Movimiento, un nuevo impulso para la propia actividad política. Algunas expresiones de esto son su discurso sobre la paz universal, acogido con el aplauso unánime de todo el Parlamento; el primer proyecto de ley sobre la objeción de conciencia, presentado junto al socialista Calosso; el diálogo sobre la paz, con el comunista Laiolo.

Muy pronto, junto a Giordani, se forma un discreto grupo de diputados que comparten nuestro Ideal e intentan vivirlo en el Parlamento.

Se experimenta allí, por primera vez en una sede política, aquel *arte de amar* del que he hablado, en una ocasión particular, hace unos meses en el Campidoglio (ayuntamiento de Roma).

Es un arte que exige que se *ame a todos* sin discriminación y por lo tanto, también sin distinción de partidos.

Que se *ame siendo el primero*, que requiere *hacerse uno* con los demás para acogerles, haciendo el vacío dentro de nosotros, de nuestras preocupaciones, nuestros pensamientos.

A este arte de amar están llamados en primer lugar, los cristianos; pero no solamente ellos, *todos pueden y deben amar*. Es una ley para cada creyente de cualquier fe. Y está en el ADN de todas las personas humanas.

Y si el amor es recíproco –según el mandamiento de Jesús: “Amaos mutuamente como yo os he amado” (Jn 13, 34)- El se hace presente entre nosotros como había prometido: “Donde dos o más están reunidos en mi nombre (en mi amor), yo estoy en medio de ellos” (Mt 18, 20). Es una presencia de Jesús que transforma a los hombres individualmente y crea la unidad entre ellos; no una simple concordia de intenciones y opiniones basada en una misma opción política, sino aquella unidad humano-divina que une de un modo más profundo, más allá de las diferencias de cultura y de filiaciones políticas. Diferencias que sólo sobre la base de la unidad, adquieren su verdadero significado y, en la reciprocidad, llegan a constituir una riqueza común.

Es una norma, vivir, por encima de todo, como verdaderos cristianos, y luego saberse comprometidos en política.

Y dado que en la actualidad pertenecen al Movimiento de la unidad personas no cristianas o de otras culturas, este compromiso puede formularse de esta manera: primero, ser personas que creen en valores profundos y eternos del hombre. Y luego moverse en la acción política.

La presencia de Jesús entre nosotros, efecto de la unidad, que es el corazón de todas nuestras comunidades, lo es también de nuestras comunidades políticas. Lo atisbó el honorable Tommaso Sorgi, que desde la Cámara de Diputados, me escribía: “Nosotros que vivimos en el meollo de esta bendita vida pública, constatamos a cada paso que - aún en el plano humano de los valores éticos más nobles- no existe esperanza alguna de redención para este mundo hecho de falsedad, de luchas, de búsqueda del poder. Sobre todo, constatamos también cómo los mismos valores religiosos no consiguen modificar al *homo politicus*, quien los acepta sólo en la medida en que le sirven y los abandona apenas se le presentan como un obstáculo (...) La acción de conquista individual (...) por sí sola, parece insuficiente. Se necesita una luz de la Sabiduría que abarque la humanidad entera (...)”<sup>1</sup>.

Tal luz de Sabiduría, puede venir de forma especial de Dios que, atraído por nuestro amor recíproco se hace presente, en Jesús, en los lugares de nuestro compromiso y que a través de nosotros, actúa en política.

Ha sido este el objetivo de nuestra “célula parlamentaria”, que desde 1950 hasta hoy, ha visto cambiar sus integrantes –quienes, a partir de un cierto momento, pertenecen también a partidos diferentes-, pero no su objetivo: *hacer presente, ya que nuestra unidad lo permite, a Jesús en el Parlamento*.

Otra presencia notable que ha subrayado aquel significado político que podía tener nuestro Movimiento, ha sido la de Alcide De Gasperi, trentino como las primeras y los primeros focolarinos. Estaba muy próximo a nuestro Movimiento.

La espiritualidad de la unidad, que conoció bastante bien, le fascinaba y le reafirmaba en aquella vocación de unidad suya que, junto a Adenauer y a Schumann, lo ha hecho fundador de la Europa unida.

Especialmente en los últimos años –como se comprende por un documento que lo trata- todos sus pensamientos confluían, en cierto modo, en el “que todos sean uno” de Jesús. Aquel Jesús que él ha invocado por tres veces antes de morir.

---

<sup>1</sup> Tommaso Sorgi, Carta inédita a Chiara Lubich, Teramo, 7 de febrero de 1962.

Por parte nuestra, el contacto con De Gasperi, nos hizo percibir cuánto puede construir un político que ama su patria y también cuánto puede llegar a costarle ese empeño.

Entre De Gasperi y nosotros se había iniciado una cierta correspondencia. En una carta mía de 1950, le escribía: “usted vale para nosotros lo que vale Jesús entre nosotros, porque nuestra convicción es que toda autoridad viene de Dios (...).

Usted tiene toda la gracia de estado para gobernar Italia (...); debería ser la expresión más luminosa de los suyos y de los otros”.

Este recuerdo me permite explicar el concepto de la autoridad que se tiene desde entonces.

Se sabe que es Dios el que da a los hombres –como vicarios suyos en el mundo- la autoridad, que debería ser instrumento de verdad y de amor (Jn 19, 11). Por esto, hemos tenido siempre un *altísimo concepto de la autoridad*.

Autoridad que, proveniente de Dios que es Amor y que es Trinidad, asume un significado que no siempre es fácil de encontrar en las doctrinas políticas y en los códigos de derecho. Para nosotros, la autoridad es una participación del amor del Creador por cada una de sus creaturas, del amor de un Padre por todos los hombres, también los más débiles e insignificantes, pero que tienen en sí la dignidad inviolable de ser hijos de Dios.

Esta autoridad otorgada por Dios a cada hombre (Jn 1, 28-29), es luego la raíz de la participación específica en la misma de la que queda investida la autoridad política para el gobierno de la ciudad del hombre.

Es importante, sin embargo, recordar la grande, tremenda, responsabilidad que tienen frente a Dios y frente a los hombres, aquellos que gobiernan. No debe nunca olvidarse que el ciudadano es la primera participación del amor de Dios por la ciudad; tiene la función de actuar en conciencia y cuenta con derechos y deberes propios. No es un objeto, sino que es el sujeto verdadero de la comunidad política y debe actuar en consecuencia. El poder político debe ponerse a su servicio, como se dice, a menudo, por todas partes.

A fin de que esto pueda llevarse a cabo de una manera cada vez más profunda, a la política vivida por los gobernantes como servicio de verdad y de amor, debe corresponderle, el ejercicio por parte de los ciudadanos de la autoridad recibida de Dios. Una participación cada vez más plena en la “cosa pública”. Porque sólo en esta reciprocidad puede construirse el bien de toda la comunidad.

Y en este punto, nosotros pensamos en la relación trinitaria entre ambos sujetos, lo que implica armonía de unidad y multiplicidad.

En el Movimiento no se quiere confundir religión y política, como ha sucedido o sucede en los integrismos de cristianos y también no cristianos. Es necesario el reconocimiento de la especificidad de la política con sus propias competencias.

Por otra parte, Jesús es la Vida y la Vida completa. No es sólo un hecho religioso... Es este separarlo de la vida integral del hombre, una herejía práctica de los tiempos actuales; es un abocar al hombre a algo inferior a su propio ser y alejar a Dios, que es Padre, de sus hijos.

No, Él es *el Hombre*, el hombre perfecto que resume en sí a todos los hombres y toda las verdades e inquietudes que ellos puedan tener para elevarse hasta la propia dignidad.

Se piensa, a veces, que el Evangelio no resuelva todos los problemas humanos y que trae el Reino de Dios entendido en un sentido estrictamente religioso. Pero no es así. No es cierto que el Jesús histórico resuelva todos los problemas. Lo hace Jesús-nosotros, miembros de su Cuerpo místico, Jesús-yo, Jesús-tú... Es Jesús en el hombre, en aquel hombre determinado –cuando su gracia y el amor están en él- el que construye un puente, hace una carretera. Jesús, que es la personalidad más verdadera, más profunda, de cada uno. Es siendo otro Cristo, la manera en que el cristiano aporta su típica contribución en tantos campos: en la ciencia, el arte, la política.

En tal dirección se dirige el compromiso de nuestros políticos, para los cuales se constituyó, en el año 1959, el "Centro Santa Catalina". Este fue, durante casi diez años, el punto de convergencia de sus ansias y preocupaciones y el punto de partida de su actividad, renovados en el espíritu de la unidad y reforzados por la profundización en los principios de la doctrina social cristiana.

En la perspectiva del Centro Santa Catalina, la política no se concebía como la búsqueda del bien común de los ciudadanos entendido sólo en su aspecto material de utilidad general. Debía también realizarse encaminada a construir una sociedad abierta a la consecución de unos fines cada vez más elevados.

La política podía y debía favorecer el responsabilizarse de cada hombre, como miembro del cuerpo que es la humanidad entera, y ofrecerle la posibilidad de alcanzar aquella realización temporal de sí mismo y aquella felicidad que se halla solamente en la fraternidad universal.

Se subrayaba también el hecho de que los cristianos deben ser conscientes de que cuanto ellos realizan, juntos y en comunión de intenciones con todos los que buscan el bien común de la humanidad, edifica la ciudad terrena, continuando así la obra del Creador. Y simultáneamente, acerca los "Cielos nuevos" y la "tierra nueva" (2 Pd 3, 13), porque Cristo ha redimido, junto al cosmos, también la actividad humana, cuyas obras permanecerán si están hechas según el mandamiento del amor.

El Centro Santa Catalina, al ampliar la visión comunmente aceptada del compromiso político, y al impulsar a sus miembros a situar las opciones cotidianas en el marco de un designio histórico, valoraba también, a la luz de la verdad presente en el corazón del hombre, todas las leyes políticas que han resitado el paso del tiempo, para convalidarlas. Y los nuestros que estaban en política no se sentían solos, sino que advertían la presencia activa y la ayuda de cuantos, en el curso de la historia, habían contribuido al mismo designio. Estudiaban también nuevas leyes, sugeridas por las relaciones que el amor recíproco suscitaba entre personas, grupos, y pueblos.

También siempre ha estado presente la convicción, convalidada a diario y redescubierta en nuevas formas, de que la Providencia de Dios no falta nunca, sino que actúa en las cosas humanas, y por lo tanto también en las cosas políticas.

Son estas algunas de las ideas que el Movimiento de la unidad ha heredado del Centro Santa Catalina.

Pero, hay una fundamental, a la base de todo y que es la garantía de éxito de nuestros políticos en la tensión continua de vivir los ideales que quieren alcanzar. La ofrecemos a aquellos que son cristianos. Pero no sólo a ellos: Cristo ha muerto por todos los hombres de la tierra.

Se ha dicho ya que se debe, antes que nada, ser auténticos cristianos y sobre esta base, desarrollar el propio compromiso político. Y ser cristianos auténticos significa seguir a Cristo en aquello que hemos llamado "el arte de amar", pero también, como Él ha dicho con palabras fuertes, negándose a sí mismos y tomando la propia cruz.

La propia cruz.

¿Cuál es la cruz específica para el que vive también hoy en política? Pienso que sea, a menudo, la falta de unidad, de concordia, que hacen difícil y poco fructífero el trabajo; las contraposiciones rígidas entre partidos, la incomprensión de los motivos de la otra parte, las divisiones por causas étnicas dentro de los Estados, las divisiones entre los Estados, etc...

Será necesario ver la manera de superar esta desunidad, la manera de alcanzar la unidad.

Jesús mismo ha venido a la tierra para realizar la unidad perdida entre los hombres y Dios y de los hombres entre sí. Lo ha hecho con su pasión y sobre todo –según la convicción de los teólogos y los santos– cuando experimentó en sí mismo la más alta desunidad; aquella entre Él y el Padre con quien era una sola cosa. Y ha gritado: "Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado?" (Mt 27, 46).

Bien, es este misterio la llave que abre la unidad para los miembros del Movimiento de los Focolares, y por lo tanto, también para aquella particular realidad suya, que es el Movimiento de la unidad.

Sólo personas que tengan siempre presente la figura de Jesús crucificado y abandonado, que sepan ver su Rostro en cada división, que Le amen y sepan abrazar la cruz de la división por amor a El, serán capaces de recomponer la unidad.

Y es amando a Jesús crucificado y abandonado la manera en que obtienen el don de una luz que la mente no produce por sí misma, una fuerza que es superior a la que se posee normalmente.

El Movimiento de los Focolares se extiende poco a poco por todo el mundo. En 1956 nacen los voluntarios, gente muy comprometida en lo social. Frente a la invasión de Hungría por parte de las tropas del Pacto de Varsovia, surge espontáneamente en nosotros el deseo de otra invasión, con una determinación semejante, pero de signo contrario. Aquella invasión consistente en llevar adelante una revolución de amor en la vida de cada día, en la familia, en los lugares de trabajo, en el compromiso cultural, social y político.

Los voluntarios son los principales animadores del llamado Movimiento Humanidad Nueva, que coordina a todos los miembros del Movimiento de los Focolares en lo concerniente a su ser sociedad civil.

En el curso de los decenios, ha crecido en todo el mundo un auténtico pueblo, *el pueblo de la unidad*, que cuenta hoy con cinco millones de personas y comienza a incidir de una manera original en el modo de “producir” la cultura: economía, política, arte, justicia, comunicación, etc...; un pueblo que engloba adultos, jóvenes y hasta niños; gente de distintas culturas, profesiones, países. Los reconocimientos académicos, civiles, políticos que prestigiosas universidades e instituciones internacionales como la UNESCO y el Consejo de Europa han concedido a mi persona, constituyen en realidad un reconocimiento a la vida de este pueblo y a su presencia en la historia actual.

Desde los primeros tiempos de nuestro Movimiento existía la conciencia de que el carisma de la unidad es portador de una cultura propia, que por un lado, es hija de la tradición cristiana y que por otro es nueva, por la luz que aporta el carisma. Pero, ha sido el crecimiento del pueblo de la unidad, el dilatarse del Ideal más allá de los confines de las mismas estructuras del Movimiento de los Focolares, el que ha evidenciado la especificidad de esta cultura y que ha hecho necesaria la profundización doctrinal en el campo teológico, pero también filosófico, político, económico, psicológico, artístico, etc... Es lo que está haciendo desde hace casi diez años, la que hemos llamado “Escuela Abbá”, en la están trabajando, junto a mí, expertos en diversas disciplinas.

Y esta es la novedad de estos últimos tiempos: el encuentro entre el pueblo de la unidad y su doctrina ha provocado aquellas que nosotros llamamos “inundaciones”, término éste que nos vino sugerido por san Juan Crisóstomo. El *desarrollo de verdaderos y nuevos movimientos*, en particular en los campos económico, con el proyecto de Economía de Comunión; y en el político, con el Movimiento de la unidad, que da continuidad al Centro santa Catalina.

El Movimiento de la unidad es portador de una nueva cultura política.

Pero, de su concepción de la política no nace un nuevo partido. Cambia el método de la política. El político de la unidad, permaneciendo fiel a los propios ideales auténticos, ama a todos, como se ha dicho, y por esto, en cada circunstancia, busca lo que une.

Queremos hoy, pensar la política –de otra manera, ya se ha dicho– como quizás nunca antes haya sido concebida. Hacer nacer una *política de Jesús*; aquella política que El piensa y a la que puede dar vida a través de nosotros, allí donde nos encontremos; en los parlamentos nacionales y regionales, en los consejos comunales, en los partidos, en los diversos grupos de iniciativa cívica y política, en el gobierno y en la oposición. La unidad, vivida así entre nosotros, se lleva también, como fermento, al seno de los distintos partidos, a las instituciones, a cada ámbito de la vida pública, a las relaciones entre los Estados.

Cada pueblo puede ahora, rebasar las propias fronteras y mirar más allá, amando la Patria de los demás como la propia, de manera que la presencia de Jesús pueda realizarse también entre pueblos y Estados y hacer de la humanidad una familia universal, que supera, sin embargo, el limitado concepto de sociedad internacional porque en su seno, las relaciones entre las personas, los grupos, los pueblos están ya pensadas para derribar todo tipo de divisiones y barreras.

Este es el objetivo del Movimiento de la unidad, que comienza a florecer hoy en los cinco continentes; capaz de hacer nacer nuevos proyectos y de atraer a personalidades de todos los niveles y posiciones políticas. Los miembros del Movimiento de los Focolares están presentes, en el ejercicio de sus profesiones o de sus compromisos civiles, junto a muchas otras personas que han conocido el Ideal de la unidad y lo viven, quizás sin pertenecer a nuestra Obra.

Y ahora, intentando comprenderlo algo mejor, nos preguntamos: ¿Qué es lo específico del Movimiento de la unidad?

Sabemos que la redención realizada por Jesús en la cruz, transforma interiormente todos los vínculos humanos, introduciéndoles el Amor divino y haciéndonos profundamente hermanos.

Esto tiene un profundo significado para nuestro Movimiento, si pensamos que el gran proyecto político de la modernidad preveía, como sintetiza el lema de la revolución francesa, "libertad, igualdad, fraternidad". Pero, si bien los primeros dos principios han conocido, en los últimos siglos, formas parciales de realización, la fraternidad, en cambio, ha sido objeto de declaraciones formales, pero en el plano político ha estado casi olvidada.

Propiamente, ésta puede ser *la característica específica de nuestro Movimiento: la fraternidad*. Y por ésta, pueden adquirir significados nuevos y alcanzar desarrollo pleno, también la libertad y la igualdad.

Para concluir esta parte de mi discurso, debería explicar la manera en que también la figura de María y su papel, han tenido un gran significado en nuestra historia.

En 1959, como hacíamos siempre en esos años, toda nuestra comunidad pasamos juntos las vacaciones. Aquel año, en el pueblecito dolomítico de Fiera di Primiero, se alternaron doce mil personas provenientes de veintisiete naciones. Los representantes de ellas, consagraron mediante un acto solemne, sus personas y sus propios pueblos a María. Por su parte, nuestros parlamentarios presentes, consagraron a Ella su trabajo político.

¿Porqué esta predilección por María, y porqué la consideramos Reina de las naciones y Líder de nuestro Movimiento?

María es aquella que canta: "Grandes cosas ha hecho en mí el Omnipotente" (Lc 1, 49). En Ella, Dios deposita su designio para la humanidad: en *Ella* revela su misericordia hacia los hombres, destruye los falsos proyectos de los soberbios, derriba a los potentes de sus tronos y levanta a los humildes, restablece la justicia, distribuye las riquezas.

¿Quién, por lo tanto, más político que María?

Es tarea del Movimiento de la unidad contribuir a realizar en la historia aquello que María anuncia como ya realizado en sí misma.

Dejando a otros la tarea de narrar experiencias concretas, fuertes, realizadas en estos últimos años en el Movimiento de la unidad, me he reservado para mí comentar una en particular.

Es un ejemplo de cómo la fraternidad característica del Movimiento de la unidad vivida en una comunidad, influye políticamente sobre ella. Así lo he podido constatar personalmente hace pocas semanas durante un viaje de quince días en Africa.

Para poder ser clara, debo narrarles brevemente una pequeña historia; casi una fábula, relativa a un pueblo, el bangwa, en el Camerún anglófono.

En 1966 fuimos invitados nosotros, como focolarinos, a ayudar a un pueblo que vivía en plena selva, en un estado primitivo, pobrísimo, afectado por muchas enfermedades, con una mortalidad infantil del 90 %.

Desesperados porque las propias y asiduas plegarias al dios de su religión tradicional no habían obtenido resultado, se habían encomendado, dando una ofrenda, a las oraciones de la misión católica más próxima.

Los focolarinos, interpelados por ésta, abrieron enseguida una especie de ambulatorio en una pequeña tienda que también era visitada de vez en cuando por alguna serpiente.

En una de mis primeras visitas en los años '60, mientras grupos de Bangwa, que se identificaban con su rey, el sabio y prudente Fon Defang de Fontem, se alternaban en varias danzas en un amplio claro de la selva, tuve una extraña impresión. Me parecía que Dios, como un sol, envolviese a todos ellos con nosotros. Y aquel sol, casi signo divino, me hizo presagiar el nacimiento allí, en plena selva tropical, de una ciudad, construída juntos.

Los focolarinos edificaron, después, en los años sucesivos, con ayudas recogidas por los jóvenes del Movimiento de varias naciones, un modesto hospital, abrieron escuelas, canalizan una vertiente para obtener algo de electricidad, con adobes construyen algunas casas. Y más tarde, una iglesia.

Pero, sobre todo, formados en la espiritualidad del Movimiento, los focolarinos aman; aman a todos aquellos hermanos en la necesidad extrema, enfermos, analfabetos, viendo en ellos a Cristo. Y se aman recíprocamente. Son ellos mismos, así, las palabras vivas que pueden ofrecerse a aquella tribu.

Los Bangwa observan distantes durante meses. Quieren comprobar si aquellos hombres blancos les aman de verdad, o si en su actuar existen intereses personales.

Convencidos de la sinceridad y transparencia de los nuevos huéspedes, colaboran, en cuanto pueden. Se convierten a millares a la Iglesia católica. Y hay focolarinos Bangwa en el Movimiento de los Focolares, hermanados en el recíproco amor, siempre renovado sobre las dificultades que nunca faltan.

Pasan los años y todo crece. El hospital se agranda, la mortalidad infantil se redujo al 2 %; la plaga de la enfermedad del sueño se vence. Se construye un College donde existen todas las clases inferiores y superiores. Se abren doce calles para la comunicación de los distintos grupos. Los focolarinos, con su ayuda, construyen unas sesenta casas. Los Bangwa, con la nuestra, muchas otras. Se erige una parroquia por parte de la autoridad eclesiástica.

Ahora, después de más de treinta años, he regresado a Fontem y la ciudad bonita y grande estaba allí, delante de los ojos de todos. He visto lo que puede hacer el amor, lo que puede construir la fraternidad vivida entre personas de dos continentes que llegan a ser una cosa sola.

En estos años, el gobierno había abierto escuelas elementales y una escuela secundaria. Había instalado un largo acueducto... En 1992, la región que incluía a Fontem y a otros poblados, se constituye en una prefectura y en 1999, llega a Fontem la línea con la luz eléctrica.

No importa si muchos Bangwa continúan profesando la religión tradicional, si la estructura de base se halla sujeta a un sistema ancestral que se rige sobre miles de normas antiguas. La fraternidad, que existe entre el resto, inscrita en el corazón de cada hombre como semilla del Verbo divino, triunfa y hace milagros.

El nuevo rey, el doctor Lucas Njifua Fontem, hijo del precedente, ha visto y ha comprendido. Todos los que siguen esta vía –nos dice– son justos y rectos y colaboran por el bien de la comunidad. Por esto, públicamente, durante este último viaje mío, se ha puesto en cabeza de su pueblo, invitando a todos, con decisión y ardor a hacer propio el espíritu de nuestro Movimiento, cuyos estatutos preveen que entre sus adherentes puedan haber personas de cualquier religión y no creyentes de buena voluntad.

En un Estado, Camerún, que –según se dice– conoce una fuerte corrupción, el rey declara abiertamente que allí en Fontem, los habitantes que siguen el Movimiento no le presentan nunca ningún problema, resuelven las cosas entre ellos con amor; no disputan por los límites de sus tierras, sino que los definen en armonía; viven absolutamente en paz.

Entre ellos ninguno roba; no hieren, ni mucho menos, matan. Parece que no tenga sentido para ellos la policía. Encuentran soluciones para todos los problemas relativos a la familia porque rigen la institución familiar con la más plena solidaridad. Los hijos no implican pesados problemas económicos; reivindican la vida, ya muy apreciada por la cultura africana, a cada edad. Respetan la autoridad y siempre impulsados también por su cultura, tienen una profunda estima por los ancianos. Cuidan la salud con meticulosidad. Son de una generosidad increíble. La “cultura del dar”, efecto de la fraternidad, brilla. El analfabetismo se está atenuando.

La fraternidad, por lo tanto, crea un nuevo estilo de vida; une a la comunidad, pero al mismo tiempo, distingue los roles y las tareas. De este modo, las personas, las familias, las pequeñas empresas, las instituciones tradicionales y las estatales, a través de la fraternidad, consiguen cada una su propio objetivo en el respeto y en colaboración con las demás. Y permiten así, a la sociedad en su conjunto realizar el propio fin político, que es el bien común.

Personalidades eclesíásticas y civiles nos animan diciendo: “lo que habéis hecho en Fontem, debéis hacerlo en toda África y en Madagascar”. Y otros, observando lo que está sucediendo, hablan de un prodigio: un pueblo entero con su rey, está llevando adelante una revolución de amor similar a aquella que se vio en el imperio romano, profundamente corrupto como estaba, y los primeros cristianos “nacidos ayer” –como dice Tertuliano- habían invadido el mundo entonces conocido.

He aquí, Señores y Señoras, lo que ha llegado a hacer y hace un espíritu de fraternidad en una tribu africana, que ha llegado a ser un pueblo, en la que nos vimos inmersos antes de que tomara contacto con la llamada civilización.

¿Qué podrá hacer esta actitud de fraternidad –nos preguntamos- si anima el resto del mundo?